

Introducción

Estuve con ella tan sólo unas horas, hace años. Fue en 1996, en el transcurso de una intensa y emotiva entrevista con motivo del décimo aniversario de la fundación que preside, Mundo en Armonía. Era la primera vez que entrevistaba a una princesa, y aquella tarde otoñal, enfundada en un sobrio traje oscuro, me preguntaba qué conseguiría que me contara esa mujer enigmática de la que apenas se conocía nada, y que, sin embargo, era la hermana de la mismísima reina de España, más allá de lo puramente oficial y protocolario.

«La Princesa está reunida, pero la espera», me dijo su secretaria Carmen (ahora jubilada). Habían sido meses de gestiones para conseguir aquella cita, para mí importantísima, y por fin estaba a punto de entrevistar a la princesa Irene de Grecia. Recuerdo que lo primero que me sorprendió al entrar fue la sencillez de su oficina: los muebles robustos y muy pulidos, pero sin apenas cuadros, ni alfombras, ni ornamentaciones propias de la oficina de un importante miembro de la realeza. Todo muy ordenado y limpio, pero sin lujos.

Al entrar al despacho de la Princesa, ésta se levantó in-

mediatamente y me tendió la mano con amabilidad, me dio la bienvenida con un «buenas tardes», y me regaló una amplia sonrisa. Llevaba un moño bajo y vestía con sencillez una blusa y una falda larga. En su rostro no distinguí apenas maquillaje ni aprecié ningún perfume en especial.

Antes de que pudiera darme cuenta era yo la que estaba respondiendo a sus preguntas: la entrevistadora estaba siendo entrevistada. Me preguntó por mi trabajo, por la línea de las preguntas que iba a hacerle, por qué se me había ocurrido pedirle una entrevista, hasta que finalmente me lanzó un rotundo: «¿Por dónde quiere empezar?».

Entonces sonreí, saqué mi cuaderno y en él anoté con trazo grueso: «Es un torbellino, directa, impaciente, alegre y muy vital».

La entrevista remansó en una conversación distendida y cordial sobre temas humanitarios. En ningún momento sentí que hubiera preguntas prohibidas, a pesar de haber sido aleccionada al respecto por sus colaboradores: su naturalidad en las respuestas era mayor que la mía en las preguntas.

Fascinada por aquel primer encuentro, seguí sus pasos rastreando sus actividades sociales, filantrópicas y familiares. Observé que, en las tradicionales fotos de familia, la Princesa se situaba en el lugar más escondido, o se alejaba directamente del foco de las cámaras cuando acompañaba a su hermana a un concierto o exposición. Prácticamente nunca se la veía.

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos por pasar inadvertida, sus actos la precedían y su nombre sonaba con fuerza en los foros internacionales por su ingente labor humanitaria en medio mundo.

El día que mi hija Beatriz lloraba amargamente tras los

atentados del once de marzo, diciéndome desconsolada que el mundo estaba lleno de maldad y que no había lugar para el bien, reflexioné sobre la necesidad de comunicar otra realidad: la de las personas buenas que luchan por un mundo mejor, y recordé a la Princesa como un faro en medio de la oscuridad, como un ejemplo de vida, una persona con todas las cualidades para servir de referencia y encarnar una llamada de atención. Desde ese mismo instante me puse manos a la obra...

Los primeros contactos para conseguir una entrevista con ella para hablarle de mi proyecto fueron difíciles e infructuosos. Su Alteza no quería ni oír hablar de su biografía. «¿Qué tengo yo que decir?», se preguntaba mientras algunos de sus colaboradores la miraban atónitos. Intentaba disuadirme de mi empeño, con una educación exquisita, eso sí, pero iba alargando lo máximo posible nuestro encuentro para intentar convencerla.

Sin embargo, mi intención de escribir su biografía iba creciendo según iba investigando sobre su vida: nacida en África, hija de los reyes de Grecia, exiliada en Roma, una década viviendo en la India, espectadora de primera fila de la transición española por su condición de familiar directa de los reyes de España, sus numerosos proyectos humanitarios, su vida en el palacio de la Zarzuela, su relación con sus sobrinos y sobrinos nietos, su enfermedad...

Finalmente, después de largos meses, y gracias a un buen amigo común, la Princesa venció sus reticencias y aceptó colaborar en su biografía. Supe que llegó a decir, en relación con el proyecto, que era preferible confiar en las personas, aunque pudiera equivocarse alguna vez, a estar siempre en una urna de cristal. Demostró una valentía muy propia de su carácter, que desde aquí le agradezco.

Nos reencontramos un ventoso día de febrero y la encontré cambiada, con el pelo corto y completamente gris, que le daba un aspecto venerable. Vestía, sencilla pero elegantemente, un conjunto de blusa de flores blancas y falda negra; iba sin maquillar y sin apenas joyas, ni siquiera pendientes (noté que se los quita al trabajar para que no la molesten cuando habla por teléfono). Enseguida tuve la sensación de volver a ver a una amiga. Nos dimos la mano y me presentó a sus colaboradores. Recuerdo que la Princesa de nuevo me volvió a preguntar directamente por qué quería escribir sobre su vida, si pensaba que le podría interesar a alguien. Compartió conmigo sus dudas sobre la conveniencia de hacerlo, debido a la posición de su hermana y, finalmente, de nuevo como aquella primera vez hacía tantos años, me miró fijamente y me dijo: «¿Por dónde empezamos?».

Durante todo ese invierno, la primavera y gran parte del verano nos encontramos en su despacho. Fueron más de cien horas de trabajo en encuentros distendidos, amables, relajados y respetuosos, casi todos ellos en el despacho anexo al suyo, ante una mesa redonda llena de papeles. Ella vestida de sport, con sus tradicionales blusas de flores, faldas y pantalones anchos atemporales. Cuando yo entraba por la puerta, lo primero que me decía era: «Tengo hasta las ocho», u «Hoy sólo hasta las siete». Las razones eran múltiples; un día, porque tenía que ir a un concierto: «Con terminar diez minutos antes para maquillarme un poco es suficiente», otro porque tenía una cena familiar: «Hoy tendré que irme a las ocho y media porque tenemos una cena en casa», y cuando los derroteros de la conversación nos hacían olvidar el reloj, la secretaria irrumpía con una llamada de Zarzuela: «It's the Queen». Tras unos mi-

nutos hablando en inglés con la Reina, Su Alteza se excusaba con toda tranquilidad: «Mi hermana me pregunta que qué estoy haciendo que no voy a casa». Y ambas sonreíamos como sorprendidas en una travesura.

Durante estos meses me ha impresionado el respeto de la Princesa hacia las personas: prácticamente cada día, durante nuestros encuentros, me ha preguntado por mi familia, mis hijos... Incluso tras comentarle que uno de ellos es actor, días después lo volvía a mencionar. Ve a las personas con nombres y apellidos.

También me llamaron la atención su rebeldía e impaciencia, casi juveniles; cuando se produjo el tsunami en Asia convocó urgentemente a sus colaboradores: «¡Tenemos que ayudar!». En ella se observa una esmerada educación que, junto con su calidez (algo poco común en el rango que ostenta), no pone barreras en los encuentros: se acerca, gira la conversación, lleva los temas a su apreciación personal, se burla de sí misma si es necesario, en un intento de provocar la risa con un humor muy inglés, como aquella vez que contó que prefiere no llevar sombrero porque tiene la cabeza muy grande.

Me gusta de ella su franqueza algo rústica y que a veces te desarma, la serenidad que emana de su reflexión intelectual, su sincera humildad (no espera el halago fácil, más bien lo rehúye), su capacidad de adaptación a todos los ambientes: ¡con qué facilidad pasa de cenar junto a un jefe de Estado a conversar con gente humilde que le presenta proyectos solidarios en España o que le explica cualquier actividad en cualquier aldea perdida del mundo!

A pesar de las vicisitudes de su vida, siempre se ha mostrado generosa hasta con los que por razones históricas se han calificado como enemigos suyos o de su familia,

haciendo propio lo que decía su madre, la reina Federica: «Aunque ellos quieran ser tus enemigos, tú no lo seas; así les das la oportunidad de rectificar».

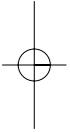
Nunca hubiera podido imaginar lo mucho que me llegarían a gustar nuestros encuentros. Me he divertido con la princesa Irene, me ha fascinado su forma de reír, ruidosa y espontánea, como buena griega. Cuando lo hace cierra casi los ojos y continúa la conversación enlazando un comentario simpático con otro. Tiene una alegría natural que la hace muy atractiva, porque hace sentir bien a los que la rodean.

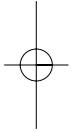
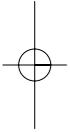
Ella no es reina, pero reina en su mundo de forma espectacular y evidente con los atributos que ha ido creando en su constante y esforzado crecimiento personal. Es una mujer extraordinaria, digna de su rango y valiosa por encima de su rango, y a pesar de ello es humilde, una «princesa humilde». Y si alguien lo duda, éstas fueron sus palabras al despedirnos el último día de nuestros encuentros:

—No olvide que mis éxitos se los debo a mi familia, a mis hermanos, pero mis errores son sólo míos.

EVA CELADA

PRIMERA PARTE
LA PRINCESA AFRICANA





1

Un bebé en la sabana

¿Cuándo volveré a verte, Palo mío? Sólo me faltan tres meses y medio. Mi aspecto es terrible, como si esperase quintillizos, pero mi cara sigue siendo la mía, así que, cuando vengas, sólo debes fijarte en ella... Tal vez tendré entonces tres hijos en vez de dos. Me gustaría mucho que el pequeño naciese en Grecia. Johnny y yo sugerimos a Nomicós que me prestara uno de los barcos cuando llegara el momento y así nuestro hijo nacería en territorio griego. A Nomicós le pareció muy bien la idea, pero no se podrá llevar a cabo pues ningún médico aceptaría la responsabilidad.

14 de enero de 1942. La princesa Federica de Grecia, exiliada en Sudáfrica, escribe esta carta a su esposo, el príncipe heredero al trono, Pablo de Grecia, que, en plena guerra, lleva los asuntos de Estado desde la ciudad de El Cairo. Embarazada de cinco meses, Federica vive con sus otros dos hijos, Sofía y Constantino, en una casa en Ciudad del Cabo. El 31 de enero vuelve a escribir a su marido:

Hace un momento recibí tu telegrama anunciándome la llegada de mi carta y que tal vez puedas venir a verme.

Lo que siento es que para entonces estaré horrible. El niño vendrá hacia el 10 de mayo y he decidido que nazca en casa, puesto que hay sitio suficiente...

El tercer hijo de Pablo y Federica nació muy lejos de Grecia, en un parto sin complicaciones, un día después de lo que predijo su madre; su padre no llegó a estar presente y el bebé fue una niña y no un niño: Irene de Grecia y Dinamarca.

Su madre, Federica, había decidido refugiarse en Sudáfrica debido a que su gobierno se brindó a hospedarles, tras una precipitada huida de Grecia. Las guerras entre colonos descendientes de holandeses y los ingleses (guerras anglo-bóers), que habían protagonizado su historia durante todo el siglo XIX, se saldaron con el dominio británico de la zona. En 1910 se había constituido la Unión Sudafricana, que unía la Colonia del Cabo, Natal, Transvaal y el Estado Libre de Orange bajo el control de la Corona británica. Una circunstancia que favoreció la buena acogida a la familia real griega, en excelentes relaciones con la familia real inglesa.

En las ocasiones en las que Federica no podía abandonar Sudáfrica para ir al encuentro de su esposo, escribía largas cartas al príncipe contándole hasta las cosas más insignificantes de su vida familiar en el país africano. Tal y como le dice Federica a Pablo, su marido ausente: «Al menos Irene nació en un entorno bello».

Su gran anfitrión en Sudáfrica fue el general Jan Christian Smuts, primer ministro del Dominio británico, político de corte moderado y probritánico, que les alojó en su granja después de que Federica y los suyos perdieran la casa que habían alquilado en Ciudad del Cabo. La granja

de Smuts abarcaba un amplio terreno, con jardines cuidados, y estaba rodeada de los hermosos horizontes de la sabana. Debido a la amistad que surgió entre el general y sus invitados griegos, éste se convirtió en el padrino de la princesa Irene. Con el paso de los años sería además un hombre muy apreciado por la Familia Real, especialmente por Federica, que encontró en él una amistad muy valiosa también a nivel intelectual. Paseaban durante horas hablando de política y filosofía y se sentaba todos los días a comer con la familia. Según cuenta Federica:

Le pedimos al general Smuts que fuese padrino de nuestra hija... Le estábamos agradecidos por habernos ofrecido su hospitalidad... El general Smuts era un gran hombre. Él sostuvo a Irene durante el bautizo y me gusta creer que la grandeza de alma será para siempre el don máspreciado por mi hija menor...

Federica escribía a sus padres sobre su vida en África, el 14 de junio de 1943: «Tengo una película corta del bautizo de Irene. Es una niña encantadora, muy cariñosa y casi nunca llora».

—Nunca vi esa película de mi bautizo —cuenta Irene—, aunque sí tengo fotos. Tiempo después, el general Smuts me regaló un sombrero de los que él llevaba en África. Recuerdo que me hizo mucha ilusión. Para los niños era fantástico, como un abuelo más.

En un primer momento se pensó elegir el nombre de Alexia, que significa en griego «protección del mal», pero finalmente se le puso Irene. Sobre la elección del nombre de la princesa existen todavía hoy dos teorías: la primera sostiene que su madre Federica se inclinó por Irene porque

en griego significa «paz». Un anhelo que toda la familia sentía profundamente y que en la turbulenta década de los cuarenta era un deseo del mundo entero. La segunda teoría es que se eligió ese nombre porque la finca que les había prestado el general Smuts y donde había nacido la princesa se llamaba también Irene. El gesto de poner el nombre de Irene a su hija menor podía significar un pequeño tributo de la Familia Real al general que tan amable había sido desde la llegada de la comitiva a Sudáfrica. Ambas razones serían por partida doble suficiente motivo para imponerle este bello nombre a la recién nacida princesa.

Los primeros meses de la vida de Irene se desarrollaron entre los animales domésticos de la granja y las fieras salvajes de la sabana, entre las historias de aventuras del general Smuts y las películas caseras de la Reina, con la ausencia de su padre y la cercanía de su madre y hermanos. En un marco tan exótico, Irene comenzó a perfilarse desde muy pequeña como alguien especial y una persona profundamente espiritual. Más tarde, la Reina recordaría en sus memorias, cómo Irene, cuando contaba sólo cuatro años, se acercó una noche a ella antes de irse a dormir y le dijo:

—¿Sabes una cosa, mamá? ¿Sabes que te quiero más que tú a mí y que te conozco desde mucho antes de que tú me conocieras?

—¿Cómo es eso? —le preguntó sorprendida la madre.

—Pues mira, yo estaba allá arriba con el Niño Jesús, te vi aquí abajo y le dije: «Jesús, ésa es la mujer a la que yo quiero. Quisiera nacer de ella».